

VII ANIVERSARIO

Don Tomás Martín Gil

† 2 SEPTIEMBRE 1947

Cinco hojas con la fecha fatídica del 2 de Septiembre hemos arrancado ya de otros tantos calendarios, desde el día de tu muerte. Al cesto de los papeles fueron las hojas, sin pena ni gloria ¡pero al desprender cada una, fingían éstas un velo que se descorre y deja ver, y sentir, cada año, la pena renovada de tu tránsito. De tu marcha para siempre, que despidieron los pliegos de prueba del número de «Alcántara», en prensa a la sazón, y hasta algunos de ellos fueron polizones en tu féretro como fieles compañeros en el misterioso viaje sin retorno.

Pero tú permaneces en estado de ausencia-presencia, informando con tu ejemplo la labor asidua, y superadora de inconvenientes, que respectivamente necesita y se oponen a toda obra humana digna de tu perduración.

Sean estos renglones un cordial y permanente recuerdo tuyo, que va acompañado de una cristiana oración por tu alma.

LA REDACCION



RECENSIONES

LA CASA DE ARBEL, novela, por Antonio Reyes Huertas. (Barcelona, 1942. Colección Aurea de la Editorial Hyma).

CUANDO, para el anterior número de *Alcántara*, su Director me había pasado un ejemplar de la edición-homenaje a don Antonio Reyes Huertas, en plena lectura del tomo acaeció la muerte del novelista, de modo que hube de suspender mis escarceos con intención crítica para dejar en paz la memoria del hombre que me sorprendía o me hacía arrugar el ceño, para trazar unas líneas, no necrológicas, pero sí dictadas por el sentimiento, para una velada radiofónica en la que la «peña» que se reúne bajo la denominación de este puñado de páginas, le rendía su acongojado tributo de pesar.

Por aquellos días es de presumir que estuviera en prensa *La casa de Arbel*, la novela dada a la estampa *post mortem* de su autor. Esta novela fuerte, apasionada, de creciente emoción, que culmina en un amago de tragedia. Distinta, muy distinta, en verdad, de *La canción de la aldea* antes leída.

El escenario pudiera ser el mismo. Los mismos el aire, y el sol, y la tierra, y los sentimientos de patria chica de los personajes, aunque muy otros los sentimientos humanos, las reacciones ante la vida, los resentimientos y la envidia.

La casa de Arbel no es una novela blandengue, ni es una novela rosa, ni es una novela localista; ni regionalista siquiera. Si alguien ha supuesto que Reyes Huertas era el médico de los «perdis» o, más bien, que cogía a los «perdis» en esos antros de relajación moral de las grandes capitales, donde enfermaban del cuerpo porque el espíritu lo tenían ya enfermo, y los traía a su tierra para que sólo a la vista de una encina se curasen, es que no ha querido reparar en la enorme transcendencia que ese sentimiento recóndito que lo telúrico le inspiraba, era su mejor ejecutoria.

El canto a su tierra no era su *leit motiv* porque no supiese de otros ambientes, sino porque quería ennoblecer a la

tierra, suya o no suya, ennobleciendo a sus personajes. Pero cuando hacía falta que los personajes dejaran de ser buenos, porque así lo requiriese el interés de la obra, no importaba que éstos hubiesen vivido a plena naturaleza. Y este es el caso de la última novela.

Los personajes de ella, los «ilustres» descendientes del linaje de Arbel, han vivido siempre en el campo, en contacto con la Naturaleza, y, a su pesar, han ido ganando plaza en sus espíritus todas las malas pasiones. El orgullo, el odio, el despecho, el rencor, la envidia, la doblez, la amoralidad, un sentimiento de impiedad, de incompreensión y de maldad ha ido creciendo hasta plantear, en toda su crudeza, el drama de una familia que no vive aparentemente bien, conforme a los prejuicios y buenas costumbres de la sociedad, sino de fachada para fuera. Por dentro todo es mezquino, innoble, turbador. La irresponsabilidad y la cobardía, disfrazada de un rencoroso desdén, son el denominador común de los personajes, de casi todos los personajes. Y en ese ambiente de espíritus crispados, como cardos entre sedas, como alfileres entre sonrisas, va creciendo, aun contra la voluntad misma de los protagonistas, el amor puro, lo único que se salva, de Tino de Arbel y Angeles Orzán. Ni la belleza blanca y desdeñosa de Tilde tiene otro fin que una desenfundada inmoralidad. Ni las mieles en que se derrite doña Lola llegan a endulzar sus sueños de cazadora de dotes para su primogénito y bastardo Duarte. Ni el extravío torturador de don Juan Nepomuceno inspira la compasión de la desgracia que motivaron unas circunstancias por nadie provocadas. Solamente la poquedad de don Antolín inspira lástima y solamente el rectilíneo y enérgico proceder de Tino, en algunas ocasiones, causa admiración.

Y todo ello, no por inhabilidad del autor, porque los personajes hubieran escapado a su control, sino precisamente porque el autor quiso que así fueran. Lo que consigue con mano maestra, pintando caracteres, ambientes y escenas de costumbres.

Importa poco que alargue la historia